

DE MUERTOS Y SOBREVIVIENTES. NARRACIÓN CHILENA MODERNA

Leonidas Morales T.

Santiago: Cuarto Propio, 2008, 200 pp.

De muertos y sobrevivientes. Narración chilena moderna es una compilación de escritos sobre la narrativa de Baldomero Lillo, Fernando Santiván, Manuel Rojas, José Donoso, Diamela Eltit y Roberto Bolaño que —a excepción del último— ya habían sido publicados en revistas académicas, libros o actas de congresos. Es de esperarse, por tanto, cierta disparidad en el universo de los escritos reunidos, debido a los más de cuarenta años que corren desde la publicación del primer artículo (en 1966) y el último (en 2008), así como a los diversos contextos que animaron la escritura de cada uno de ellos: el artículo sobre Manuel Rojas fue publicado en primera instancia como prólogo a una antología, el de José Donoso y el de Diamela Eltit como presentaciones en coloquios y otros fueron preparados directamente como artículos. Más allá de esa efectiva variedad de formatos, de aparatos teóricos y maneras de aproximarse al texto, asistimos al desarrollo de una manera de entender los estudios literarios y la tarea del intelectual que dan cuenta de un proyecto coherente y sólido. Es lo que permite, en un notable esfuerzo de articulación, plantear en la introducción del libro un modelo para leer la historia de la narrativa chilena moderna desde Baldomero Lillo hasta Roberto Bolaño.

Lejos de la intención estetizante, el modelo propuesto pretende dar cuenta del desarrollo de la narrativa chilena en diálogo con su contexto de producción, en particular con el camino —y sus consecuentes tropiezos— de Chile hacia la modernidad. De este modo, la producción literaria de Baldomero Lillo se entiende en el marco del advenimiento de la lógica del capitalismo industrial, mientras que Fernando Santiván forma parte del grupo de escritores latinoamericanos que se refugia en la naturaleza ante la decadencia del hombre en la urbe, protección que se revela infructuosa. Ya situados “desde dentro” de la modernidad, autores como Manuel Rojas y José Donoso muestran diversas actitudes frente a los cambios sociales: el primero afirma la utopía como producto de una visión crítica de la sociedad, y el segundo expone las relaciones de poder que fundan la condición del sujeto social. Finalmente, ahora en un horizonte posmoderno, se ubican Diamela Eltit y Roberto Bolaño, mostrando los efectos de la dictadura en los sujetos

y la muerte de la utopía, de “las condiciones sociales, culturales y políticas que por caso un siglo la habían hecho posible, manteniendo vigente el deseo que desde el presente y la memoria viva del pasado daba vida al futuro” (25). Esto, que puede parecer el fin del camino, es para Leonidas Morales nada más que un nuevo principio: su libro trasunta una fe inquebrantable en la posibilidad de redención del hombre, en la solidez de su condición social y, finalmente, en la necesidad de establecer un horizonte de posibilidad para la construcción de una mejor sociedad. El presente sin trascendencia de la posmodernidad que aparece en la obra de Bolaño es recodificado, así, en términos positivos: “las lágrimas son, en la narrativa de Bolaño, el lugar de la esperanza” (67), dice Morales, quien al ubicar el texto sobre Bolaño al comienzo del libro –siguiendo un orden cronológico inverso– nos invita a evitar la idea de que asistimos a una clausura absoluta posibilidad de futuro.

El centro de interés de estos ensayos está puesto en el modo en que las obras literarias responden a las condiciones de su contexto histórico y social de producción, es decir, de cómo construyen significados sociales en el marco del proceso de modernización, de la dictadura militar o la posmodernidad. Apartándose de lecturas universalistas o descontextualizadas, las obras literarias son concebidas como productoras de significados en condiciones sociales e históricas concretas. Aun así, la propuesta de Morales no se deja seducir por los cantos de sirena de los culturalistas que abandonan por completo la tarea de sancionar la calidad estética de las obras. En uno de sus artículos tempranos acerca de Manuel Rojas enfrenta este problema estableciendo una diferencia entre la literatura que crea una “imagen literaria” y la que simplemente reproduce una “imagen convencional” de la realidad, aquella que es establecida por normas sociales, por las relaciones del hombre con el hombre, la naturaleza y el trabajo. La misma preocupación aparece mucho más adelante, en los ensayos escritos ya en el siglo XXI, aunque ahora se hace eco de la mercantilización del arte. En el capítulo dedicado a Diamela Eltit termina señalando que lo suyo es “auténtica literatura” en un contexto en el que nos encontramos “acosados por la seducción ya casi ‘porno’ del best seller, de la estética de la mercancía” (88), mientras que la lectura de Roberto Bolaño es descrita como “una experiencia estética, si bien inesperada, de naturaleza inconfundible: aquella sólo posible en las escrituras literarias tocadas por el poder y la energía de transfiguración luminosa del lenguaje. Precisamente, una experiencia a la que no se abren las escrituras de recepción propiamente masiva” (33). De la sospecha al prejuicio realista y racionalista a los que estaría asociada la literatura reproductora de una imagen convencional pasamos a la sospecha de la literatura de masas, que

es distinta de los textos verdaderamente literarios. Estos criterios permiten valorar las obras literarias en términos de su calidad estética, que nunca está desvinculada de la tarea propia de la obra de arte, ser vehículo de la verdad. Lo más relevante aquí no que los juicios de Morales –como todo juicio que no sea redundante– sean discutibles, sino que se trata de un trabajo intelectual que evade la cómoda confirmación de la adscripción o sublevación de las obras literarias frente a los discursos hegemónicos para indagar también en la validez del modo en que esto se lleva a cabo.

El trabajo de Morales busca, también, hacer dialogar las obras literarias con la tradición occidental, lo que abre interesantes perspectivas de lectura: desde la tradición cristiana en los cuentos de Baldomero Lillo, que describen un infierno en el que se invierten oposiciones jerárquicas, hasta las relaciones con *El Quijote* en la obra de Bolaño y la reveladora lectura de *El Padre Mío* en el contexto de la producción testimonial latinoamericana –a través de la cual la obra de Eltit se lee en relación con *Juan Pérez Jolote*, *Biografía de un cimarrón*, *Me llamo Rigoberta Menchú*–, las obras literarias reelaboran temas y problemas que forman parte de una amplia tradición cultural.

En la lectura de *De muertos y sobrevivientes* asistimos, así, a un despliegue de la obra literaria en toda su complejidad, es decir, como un objeto estético, como un productor de significados culturales y sociales, como el resultado de sus condiciones materiales de producción y, finalmente, como aquello que es capaz de iluminarnos y trasfigurar nuestro mundo a través del lenguaje en la esperanza de abrir nuevos horizontes para el futuro: una historia en que hay, finalmente, más sobrevivientes que muertos.

Stefanie Massmann